

# El lamento de la Sibila

Hernán Lara Zavala



Christine de Pisan en 1405.  
(Ilustración: Hulton Archive / Getty Images)

CUANDO ME ENTERÉ QUE LA POETA Claudia Posadas había obtenido el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2009, no me cupo duda alguna sobre la calidad y factura de su trabajo poético, pues la he seguido a través de los años y la he visto desarrollarse en su oficio, primero como periodista y amiga, luego como joven creadora en el área de poesía, y en seguida como inagotable trabajadora y promotora en favor de la cultura, siempre como empedernida y apasionada lectora, y ahora como una poeta que obtiene el reconocimiento de la crítica gracias a sus esfuerzos y a una carrera que se ha ido fraguando a lo largo del tiempo a base de preparación, disciplina, talento, esfuerzo y trabajo.

Su libro, que ostenta el sugerente nombre de *Liber Scivias*, es un texto ambicioso y complejo por donde se le vea: desde el título, la extensión de los poemas, su concatenación, la complejidad de los versos hasta la densidad temática de sus contenidos. La elaborada estructura del libro logra integrarse en una sorprendente unidad no sé si por o a pesar de la proliferación de epígrafes, citas intertextuales y referencias culturales que le otorgan al volumen un ardua y exigente lectura. *Liber Scivias* es un libro místico, mítico, de pasiones encontradas, sobre los orígenes y las búsquedas; se trata en suma de un libro fundacional porque toca temas arraigados a lo más íntimo de nuestros sentimientos desde una perspectiva que se remite a la poesía del medioevo como el de los poetas provenzales,

catalanes, cátaros, *El libro de las horas*, los poetas del amor cortés y los mitos célticos y arturianos. Es un libro religioso, doloroso y amoroso a la vez, un libro sobre el odio, el miedo, la orfandad, el caos pero también sobre la luz, la música, la esperanza y la redención. Es un libro excepcional por la multitud de voces e imágenes que aparecen así como por su estructura simbólica. El volumen se divide en tres partes: “Purgatio”, “Illuminatio” y “Unio”, un poco a la manera Dantesca, pero basada no tanto en la descripción física de los lugares y sus pobladores como en la naturaleza íntima de los sentimientos que cada parte representa.

El poema se inicia como una especie de génesis en la que se van descubriendo los elementos que configuran al yo poético:

Es en este origen donde hierve el magma,  
donde va nervándose la sombra que desfigura el rostro;  
es allí donde se espesa el odio,  
el cauce donde fluye el miedo  
y del que brota una savia que oscurece el cuerpo en sí  
oscurecido.

El miedo, acaso uno de los sentimientos más naturales a nuestro enfrentamiento del mundo, ocupa un lugar preponderante en el poemario y se explora desde diversas perspectivas:

Existe un acto que transcurre en silencio  
al fondo de la sangre;  
una mordedura sembrada en la gestación de las formas.

Ese íntimo temblor,  
ese murmurar que hiere la aceptada mansedumbre,  
es el miedo.

Acompañando a este sentimiento extraño y doloroso, que forma parte de una de las primeras sensaciones inherentes a toda vida pero en particular al ser humano por su capacidad de consciencia, van surgiendo otros elementos capaces de mitigar el dolor:

Es el verdadero rostro de la herida.  
la música,  
el entreacto ejecutándose a lo lejos en una trama  
contigua a nuestro andar,  
aunque perversamente equívoca...

Acaso por ello, la música que rezuma a todo lo largo del vasto poema resulte tan importante como para que Claudia Posadas la vaya contrapunteando como parte complementaria a su poemario:

En esos rituales a deshoras solían acompañarme  
(al igual que en los instantes íngrimos de los días y vidas  
donde calla el pensamiento y reinan, plenas de sí,  
la completad o la música),  
un arpa

el laúd

un clavecín,

una armonía de tiempos antiguos evocándome  
el lamento de guerras  
[lejanas;

La voz poética recrea el proceso relacionado con la parte germinal de la vida: al miedo sigue el dolor y luego el odio y el sentimiento de orfandad, de soledad y caos. Y para combatir estos sentimientos negativos, Posadas recurre a su “cuaderno secreto” en donde consigna los mitos bachelardianos que nos remiten a los paisajes arquetípicos de la infancia que todos hemos vivido:

Pero también era para mí la piedra de la suerte que  
hallé en su

[escondite de hojas secas,

y en la cual los reflejos del sol eran señales que  
auspiciaban

la cercanía de la casa abandonada hacía tiempo;

también era para mí el sosiego en el murmullo nocturno  
de los grillos

[guardianes,

la casa de madera esperándonos en la hondura de ese  
bosque nuestro

para protegernos de la lluvia y toda la vastedad que  
nos pareciera

[temible.

Todos estos sentimientos encontrados se dan durante el proceso de gestación, pero a medida que se identifican le permite a la poeta descubrir el cauce del tiempo y el poder de la palabra escrita:

Con el tiempo,  
el daño irreversible buscaría conformarse en las palabras  
con las que  
[debía nombrar el mundo,  
o en el fluir de mi psique y vigilia,  
o en el vuelo sombrío que desviase el correr de mis actos  
al penoso desandar.

“Habla de lo que sabes. Habla de lo que vibra en tu médula y hace luces y sombras en tu mirada”, cita Claudia Posadas en uno de los epígrafes de su poemario, éste de Alejandra Pizarnick. Y eso es lo que intenta la poeta en la segunda parte del poema titulada “Iluminatio”, que los elementos primigenios de la gestación entren en conflicto mediante las imágenes que representan la infancia:

Llegó a mí la involuntaria Edad de la Pureza,  
cuando el oro fortalecía las murallas.

Seis años y un incendio Blanco deslizándose en la habitación de los  
[juegos.

Esa noche haber estado nuevamente en la Ciudad Secreta;  
recibir el aural destello de su Alcázar como si me fuera debido reinar

[sobre su alfiz,  
la noche en que se abrieron para mí Las Puertas de los alminares todas,  
menos una:  
la torre que lucía en el corazón de la ciudad.

El yo poético vive a partir de entonces dentro de una muralla en lo alto de una torre, en el corazón de la Ciudad. En ese lugar convive con las tumbas, las cárceles, el templo y desde su habitación secreta, entibiada por

el fuego, alcanza a oír las campanadas anunciando los servicios a lo largo del día. Ahí comulga con la música, como “The Lady of Shalott” lo hacía con el paisaje a través de un espejo, y es entonces que ocurre el milagro:

Allí,  
se me otorgó una heredad lumínica, una gema en forma de rosa,  
y me fue dicho en silencio, el nombre de su talla;  
contemplanla dilatadamente en busca de su corazón...

Esa gema equivale al Cáliz, al Santo Grial, en el “santuario de la rosa acristalada” que deja a la poeta perdida en la noche para:

Errar por las sombras del bosque y la memoria,  
*sin otro corazón* más que el brillar de la gema,  
el corazón del que seguía sin comprender su intermitencia  
y que de golpe me fue arrebatado.

Y de súbito ocurre la invasión de los bárbaros en contra de la ciudad amurallada, en contra de su templo, de su torre y del castillo que conduce al corazón de la ciudad para dejar a la protagonista en la más absoluta indefensión:

Estamos solos frente a la turba de la sinrazón;  
puedo escuchar su inminencia como el tremor que avanza en los  
[túneles cavados bajo tierra,  
pronto estallarán las minas bajo el fulgor del *Midi*,  
y los *ribald* harán festín del silencio y los cuerpos...

Se trata del lamento de la Sibila que puede augurar los destinos infernales de su propia tragedia:

Los inquisidores ofrendan su copa a sus demonios,  
su *dictum* se ha pronunciado:  
Tuez-les Tous, Dieu reconnaitra les siens!...

“Unio”, la tercera y última parte del extenso poema continúa con el recorrido de la voz poética por la ciudad

amurallada en búsqueda de la redención. Los toques de Liturgia y del *Horarium* que han tañido a lo largo de todo el poema echan las campanas al vuelo llamando a Maitines, Vísperas, Almas, Laudes, Nugol y Angelus hasta dar con la imagen de su experiencia infantil que le permitirá a la poeta superar sus miedos y angustias:

*El Armorius consulta el Divinorum y anota en su Libro de las Horas, con su pluma blanca de ave, los signos del Incendio Blanco en la Habitación de la infancia...*

Uno de los poemas de esta sección titulado “Un lejornato”, dedicado a su propio padre, ya ausente, le permite a Posadas establecer sus propios votos de manera simbólica:

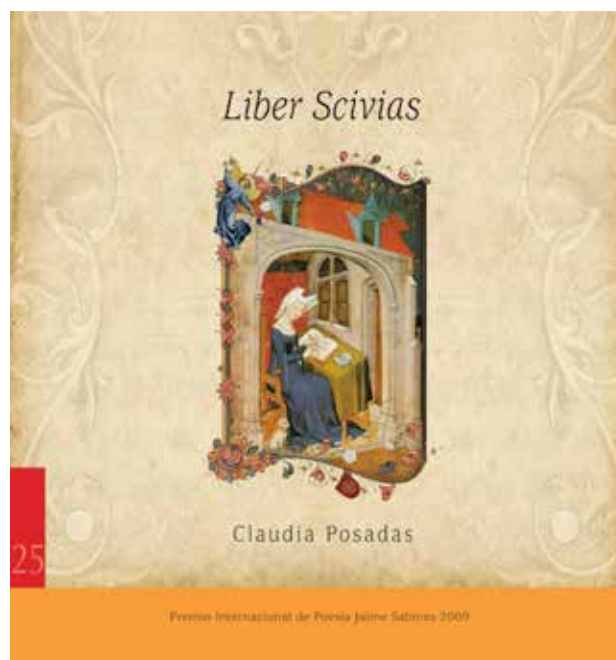
Cultivarás con esmero la rosa de la estirpe  
guardarás la cifra ardiendo en el Cáliz hasta cumplir la  
gemación de las  
[piedras,  
no trastocarás el velo entre la gravedad y la música.

Y esos votos son los que le darán la fuerza para recomenzar el “tránsito espiral hacia el origen” para recuperar los mitos de una infancia ya trascendida:

En la casa del bosque se escucha esta llamada,  
la niebla llega como un río.

En el umbral,  
una niña splende en el bautismo blanco,  
y el presagio le devuelve su heredad:  
de nuevo la Rosa entre la manos de la Infancia,  
de nuevo el talismán que deberá encenderse en el templo  
[de la Unción.

Felicito muy sinceramente a Claudia Posadas por su enorme esfuerzo para conseguir este espléndido *tour de force* en el que logró volcar, como una Sibila, la sustancia elemental de su respirar en una gran obra poética. Enhorabuena. 🏆



Claudia Posadas  
*Liber Scivias*  
Premio Internacional de Poesía  
Jaime Sabines  
México, 2009